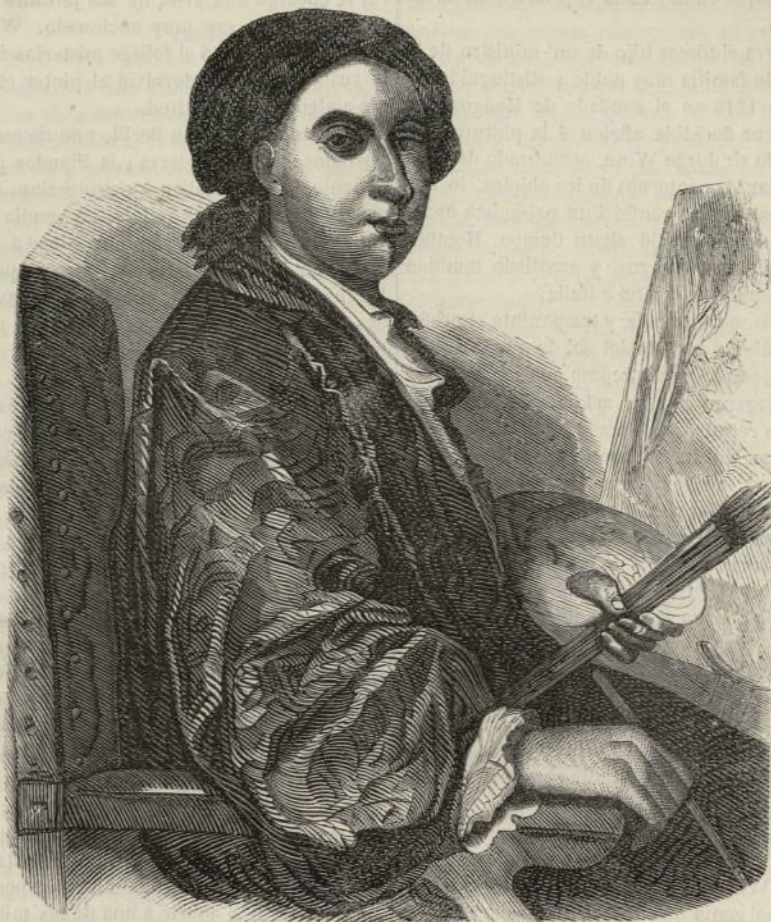


RICARDO WILSON.



Es la caída de la tarde. El sol apenas dora con sus rayos las cimas de los montes, apagando sus reflejos en las tranquilas aguas de un lago del país de Gales, en la aldea de Colomandía, y á la puerta de una casa de campo un hermoso perro de la casta de los mastines, esos animales á quienes Dios parece ha dado una inteligencia casi semejante á la del hombre, aullaba lastimosamente, y atraía la atención de los habitantes de la quinta.

Salieron éstos á la puerta, y el animal con sus movimientos, y cogiéndoles la punta de los vestidos con la boca les obligaba á seguirles hacia un parage distante.

Admirados de la insistencia del animal, y alarmados de no ver venir con él á su amo, que acostumbraba todas las tardes á salir á dar un paseo, le siguieron y los llevó á donde dos antiguos pinos desmelenados se balanceaban sobre una altura y protegían dos grandes peñascos grises y cubiertos de musgo. Desde aquel sitio se descubría una admirable vista, un verdadero paisaje sombrío y luminoso á la vez, agreste y risueño.

SEGUNDA SERIE.—1859.

Entre aquellas peñas había tendido y privado de conocimiento un anciano de sesenta y nueve años, no tan gastado por la edad como por los disgustos que había pasado por su azarosa existencia. Aquel anciano era un célebre pintor, era Ricardo Wilson, á quien la fidelidad de su perro acababa de salvar de la muerte.

Recogieron los criados á su dueño; lo llevaron cuidadosamente á su casa; y á fuerza de remedios lograron hacerle volver en sí. Pocos meses vivió despues, en un estado de languidez y postracion grande, viniendo á morir en el año de 1782, en el mes de mayo, sin que nadie supiese en Inglaterra ni en Europa que había desaparecido de la tierra un grande artista, un gran pintor.

Aquel anciano pintor era Ricardo Wilson, uno de los mas grandes paisagistas que ha tenido la Inglaterra; pero también uno de los pintores menos conocido, porque no se encuentran jamás sus cuadros en las ventas públicas, ni en los museos, conservándose cuidadosamente en las galerías de la aristocracia inglesa, porque la Inglaterra, cuyo patrio-

AÑO XVII. 24.

tismo podría muy bien llamarse egoísmo nacional, guarda para sí las obras de sus artistas. Solo los que no han visitado la Inglaterra pueden formarse una idea de la escuela inglesa por grabados la mayor parte inexactos; porque los artistas de esta nación se fijan más en lo pulido y en el efecto de sus láminas que en la exacta reproducción de los maestros que copian.

Ricardo Wilson era el tercer hijo de un ministro de la religión anglicana, de familia muy noble y distinguida, y nació en el año de 1713 en el condado de Montgomery. Desde niño mostró una decidida afición á la pintura. Un pariente suyo llamado sir Jorge Winn, asombrado de verle siendo tan niño imitar los contornos de los objetos, lo llevó consigo á Londres, y se lo confió á un paisagista oscuro llamado Wright, donde trabajó algun tiempo. Hombre económico realizó algunos ahorros, y auxiliado también por algunos de sus amigos se dirigió á Italia.

Aquel risueño país, aquella tibia y trasparente atmósfera, aquel follage inmóvil y bañado del sol de sus bosques, aquella suprema magestad, aquel reposo apasionado de la naturaleza, le embriagaron con su magia. Sin embargo, continuaba haciendo retratos, y solamente por distracción se dedicaba al paisaje. Un día Zucharelli y José Vernet le revelaron una facultad, un genio que él mismo no sabía poseer. Habiendo ido un día á visitar á Zucharelli, y no estando éste en casa le aguardó; empero se entretuvo mientras tanto en formar el boceto de las vistas que descubría desde su estudio. Al entrar Zucharelli en su estudio vió á Wilson con el pincel en la mano; miró el boceto, y dijo:

—¡Vive Dios! que esta vista es lo que se descubre desde mi ventana, y me agrada muchísimo. Sois un grande paisagista.

En otra ocasión el célebre pintor Vernet decía á unos viajeros ingleses que al visitar su estudio se extasiaban delante de sus paisajes:

—No habéis, señores, de mis cuadros, cuando vuestro compatriota Wilson hace tan hermosas pinturas de paisajes. Desde entonces Wilson siguió las inspiraciones de ese propio genio, de aquel genio que acababan de revelarles dos tan grandes artistas. Abandonó los retratos, y se puso á copiar á Guaspro, á Salvador Rosa, el Lorenés, y durante seis años se familiarizó con la naturaleza italiana.

Volvió después á Londres, llevando sus carteras llenas de dibujos, de bocetos y de cuadros. Espuso la *Niobe* y la *Vista de Roma* en sus primeros cuadros en Londres, escitando la admiración pública. El duque de Cumberland compró el primero; el duque de Tabistok el segundo. La modesta plaza de bibliotecario de la Academia Real fué la recompensa de sus primeros triunfos.

La admiración pasajera que había inspirado se disminuyó muy luego. Para comprender la poesía de sus cuadros se necesitaban poetas: la Inglaterra no los tenía.

Nadie hasta entonces había pintado en Inglaterra la naturaleza poética, y realizado sobre el lienzo el divino ideal de Milton. Como el autor del *Paraíso Perdido*, Wilson mezcla el esplendor á la meditación. En sus cuadros se ve siempre una gran sábana de agua tranquila, y en línea recta sobre ella se proyectan los rayos del sol. Así pueden observarlo nuestros lectores en la muestra de su último cuadro que les presentamos hoy, *La Mañana*.

Sin embargo del mérito de este grande artista, sus contemporáneos permanecían indiferentes á él. Los jueces del arte apenas le juzgaban digno de su crítica: los maestros le miraban con compasión. Le hacían pocos encargos. Un señor logró interesar en su favor al rey Jorge III, y aquel rey le encargó una vista de sus jardines de Kent, á cuyas altas arboledas era muy aficionado. Wilson estudió sus horizontes, y prestó al follage misterios más profundos que la realidad. El rey devolvió al pintor el cuadro, porque era amigo de la exactitud.

En vano sir William Bechi, uno de esos populares magistrados que la Inglaterra y la Flandes producen frecuentemente, le dispensaban su protección. El pobre Ricardo, como le llamaban sus amigos, no vendía sus cuadros, ó los vendía por unos pocos chelines. Llegó á verse en la miseria, y tan desnudo y falto de recursos, que un día que tenía hambre y sed vendió uno de sus más hermosos y lindos cuadros por una botella de cerveza *porter*, y unos restos de queso de Stilton: renovó en cierto modo el pasaje de Esau en la Escritura.

Vivia en una boardilla de Tottenham-Court-Road, y continuaba con gran constancia su obra. Un día uno de sus amigos compadecido de su miseria le llevó en casa de una opulenta señora muy aficionada á los paisajes. Le rogó la opulenta dama que le hiciese un cuadro. Entonces Wilson con el rubor en la frente tuvo que manifestar al protector que no podía ejecutar el cuadro, porque no tenía con que comprar los colores ni adquirirse el lienzo.

Este estado de miseria, la conciencia que él tenía de su propio mérito irritaron el carácter de aquel hombre. Le irritaron tanto más, cuanto los miembros más influyentes de la Sociedad Real, lejos de enviarle un embajador para ofrecerle los socorros que necesitaba en su indigencia, lo hicieron para reconvenirle de que su manera de pintar era mala, pesada, monótona, sin gracia y sin atractivo. Púsose furioso contra aquellos hombres, y su irritación cada vez más fuerte le convirtió en misántropo, llegando á ser hasta cínico. Debilitábase en fin su vista; sus toques eran cada vez más inciertos; la única perspectiva que aguardaba era la de ir á morir á una de las miserables camas del hospital; empero la suerte cambia un día de repente: muere uno de sus hermanos, dejándole por herencia una quinta y alguna fortuna.

Wilson, á quien su genio no había dado con que vivir, se vió rico en el momento en que los pesares comenzaban á helar su talento. Su riqueza se aumenta también de repente: descúbrese en su propiedad una mina de plomo que le da una renta considerable.

Marchóse entonces á vivir á Colomandia en el país de Gales. Despidióse de sus pinceles; y finalmente, todas las tardes salía acompañado de su leal perro, porque había llegado á odiar á los hombres que tan mal le habían tratado, y se dirigía á un punto donde sus criados le habían recogido moribundo, y donde pasaba horas enteras contemplando la naturaleza. Al tiempo de volver á su casa, lo que hacía ordinariamente al anochecer, le había sorprendido un desmayo, que fué para él el precursor de la muerte.

EL CONDE DE FABRAQUER.

PARÍS, LONDRES Y MADRID. (4)

XXVII.

Londres, abril, 1856.

Uno de los espectáculos mas grandiosos y baratos que puede proporcionarse aquí el forastero, es el que disfrutará si gusta, mediante seis peniques, (unos dos reales) subiéndose en una mañana despejada de nieblas á lo alto del Monumento (*the Monument*), colossal columna de piedra erigida en *Fish street hill*, despues del terrible incendio de 1666 que redujo á pavesas la mayor parte de esta ciudad, para perpetuar la memoria de aquella gran catástrofe. Esta columna, la mas alta que conozco, bastante mas que la de la plaza *Vendome* en París, ofrece al espectador, colocado en el balcon que corona su capitel, el mas admirable punto de vista que puede imaginarse, y el único capaz de dar una idea un tanto aproximada de la grandeza verdaderamente asombrosa de Londres y de la magnificencia de sus cercanías. Desde allí se descubren, á vista de pájaro, muchas millas de terreno, se sigue en sus varios circuitos la corriente del Támesis, se abarca en su conjunto y en sus principales lineamentos, la gran ciudad tendida sobre sus dos riberas, y se domina en todas direcciones mucha parte de la hermosísima campiña que la circunda. Hoy cabalmente he verificado esta árdua ascension, la cual recomiendo á todo forastero de buena voluntad y mejores piernas, que tenga además confianza en sus pulmones, *é si non, non*, como diz que decian á sus reyes nuestros antiguos aragoneses, (aunque en un libro escrito *ad hoc* lo niega el señor conde de Quinto);—pues se trata nada menos que de subir por una estrecha escalera de caracol la friolera de trescientos cuarenta y cinco escalones, lo cual merece pensarse despacio. Aseguro que antes de acercarse á los últimos, empieza á faltarle el resuello aun al mas pintado. Y supuesto que aun conservo frescas las impresiones que me ha dejado en el ánimo la ascension referida, y que no me siento dispuesto á mas activo ejercicio, voy á bosquejar ligeramente el panorama que desde aquella respetable altura se ha desarrollado á mi vista embelesada.

Fish street hill que, como ya he dicho, es la calle ó mas bien plaza en que se levanta el Monumento, está situada en el corazon de la City, en la orilla izquierda y á muy corta distancia del Támesis, que visto desde aquella altura semeja un enorme reptil cubierto á manera de escamas, de innumerables barcos, y listado á trechos por una multitud de puentes. Con largas ondulaciones va serpeando desde uno á otro horizonte, de ocaso á oriente, sutil como una cinta de plata por la parte hácia donde nace (el sud-oeste), ancho y magestuoso rio, verdadero brazo de mar por la parte opuesta, hácia la punta de Gravesend, desde donde cada vez mas caudaloso corre á desembocar en las aguas del canal de la Mancha. Los londonenses están tan prendados de su magnífico Támesis,—su rio (*the river*) como suelen llamarle por antonomasia, que no se comprende en realidad por qué no le han ceñido con muelles ó malecones á su pa-

so por Londres, privando así á esta ciudad de una de las mas bellas y útiles obras con que se honra París, cuyos *quais* son otras tantas hermosas calles. Aquí las orillas del rio, frecuentemente desbordado hasta el mismo pie de las casas contiguas, casi todas de irregular y feo aspecto, forman una série de barrios tan sucios como insalubres. Estos barrios, en ambas riberas, son lo peor de Londres.

En su paso por esta ciudad, el Támesis forma varias curvas semicirculares, una junto á los *docks* (dársenas) de Surrey; otra frente á *Seven-Islands* (las siete islas); la tercera entre los puentes de Waterloo y de Hungerford, y la última en el puente de Vauxhall: estas son las principales en lo que puede llamarse el término de la poblacion, pues aunque ésta continua estendiéndose mucho todavía por terrenos en que el rio sigue tambien formando varios circuitos, ya toda aquella parte no puede razonablemente denominarse Londres: de otra suerte, esta ciudad vendría á ocupar todo el condado de Middlesex. La tortuosa corriente del rio divide á esta poblacion en dos partes notoriamente desiguales. La que se estiende sobre la orilla izquierda y contiene todos los nuevos barrios comprendidos en la denominacion general de *West-End*, y los mas hermosos parques, ocupa una estension de terreno mucho mayor que la de la otra márgen, y la vista no alcanza á abarcarla toda, no ya en sus pormenores, mas ni aun en su conjunto,—inmensa Babel surcada de innumerables calles que se cruzan irregularmente en todas direcciones formando una enmarañada madeja. La planta de Londres es incomparablemente mas irregular que la de París, lo que unido á su estension, tres ó cuatro veces mayor, dificulta hasta lo sumo para el forastero lo que me atreveré á llamar su *posesion* topográfica. Cualquiera cabeza medianamente organizada se posesiona del plano de Madrid á las pocas semanas de estudio práctico; conocer bien á París me parece fácil, al cabo de algun tiempo: juzgo imposible que haya cerebro capaz de asimilar la topografía de Londres. Faltan aqui aquellas grandes líneas, verdaderas arterias de una poblacion, que la cruzan de uno á otro extremo, como los *boulevards* de París, conocidas las cuales es fácil orientarse aproximadamente en cualquier punto en que uno se encuentre. Aquí el rio, por la tortuosidad de su curso, es un guia muy inseguro. Las dos grandes divisiones del *West-End* y la City (la cual comprende los barrios traficantes por excelencia) son mas bien nominales que efectivas. Esta empieza en el *Strand*, en *Temple-Bar*, pero no se sabe donde concluye. ¿Qué es el *West-End*? pregunta uno á estas gentes; y le contestan con mucha formalidad:—«Todo lo que no es la City.»—¿Pero qué es la City? vuelve uno á preguntar; y vuelven á contestarle:—«Todo lo que no es el *West-End*»; con lo cual queda uno poco menos enterado que antes. Lo único positivo es que el riñon de la City, ó mas bien lo que en el lenguaje comun se denomina la City por excelencia, y se llama tambien el *Borough* (burgo ó pueblo), comprende todo el barrio que rodea á London-Bridge, y en su centro cabalmente está enclavado el Monumento, en cuyo capitel supongo colocado al espectador; es decir, que su punto de vista viene á estar casi encima del centro mismo de Londres.—

Lo primero que experimentará aquel espectador imaginario al desembocar desde la oscura escalera en este mirador de nueva especie, será un aturdimiento parecido al

(4) Véanse los números de enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio y julio, pág. 20, 41, 51, 86, 128 y 164.

mareo; luego verá... que no ve nada, mas que un confuso hacinamiento de bultos negros, grises y verdes, confundidos al través de una espesa neblina. Asusta y parece como que le anonada á uno la idea de que tiene debajo de sus pies una poblacion de mas de dos millones de habitantes, esparcida en unas quince mil calles, sobre las cuales humean próximamente unas doscientas mil chimeneas! De aqui y de las emanaciones del rio, el denso velo de vapor que constantemente ondea como una nube sobre esta ciudad. Luego van poco á poco destacándose, lo primero, de aquel confuso tropel, grandes masas de verdura: aquellos son los parques. Luego, muy á lo lejos, y en todas direcciones, se descubren unas rayas rectas ó ligeramente curvas por las que se deslizan con fantástica rapidez unos puntos negros coronados de un penacho de humo: aquellas son las líneas de ferro-carriles. Luego parece como que se vienen encima las altas cúpulas y los grandes tejados de los edificios que tiene uno mas inmediatos; y penetrando despues la vista con mas lucidez una estension cada vez mayor, acaba por distinguir tambien los mas distantes. Entonces aparecen en todo su relieve mil pequeños accidentes del terreno y de las casas; véanse éstas en muchas calles angostas de la *City*, en que no entran carruages, cruzarse en largas líneas regulares, como las casillas de un tablero de damas, enlosadas como los claustros de un convento. Aquellas casas todas iguales, hechas de ladrillo ennegrecido por el humo, parecen herméticamente cerradas. Por último, familiarizado ya uno con su alta posicion, acaba por descubrir en las calles unos puntos negros, unas especies de insectos que se mueven muy á prisa: aquellos son los hombres, los autores, el alma de la gigantesca ciudad. Desde una altura dos ó tres veces mayor, la ciudad se veria aun, pero seria de todo punto imposible distinguir á la simple vista los hombres que la han hecho; veríamos, pues, la obra, no su hacedor; el cuerpo, no el alma. Y si la altura á que nos elevásemos fuese tan grande que no ya con nuestros ojos, mas ni aun con ayuda de nuestros mas perfectos aparatos ópticos pudiésemos divisar al hombre sobre la superficie de la tierra, ¿quién sabe? tal vez negaríamos su existencia, por no confesar que somos cortos de vista. Por eso niegan los astrónomos que haya habitantes en la luna. La naturaleza humana es tan díscola de suyo que siempre tiene necesidad de negar algo, y si no se niega á sí misma es porque se ve y se palpa. Cuando el filósofo se dice muy ufano: *Ego cogito, ergo sum*, se prueba á sí propio que él existe, pues que discurre; pero la existencia de los demas, tan evidente, por lo menos, como la suya, ¿de qué modo la prueba independientemente de la fe? con el testimonio de sus sentidos, casi siempre insuficiente ó falaz, supuesto que nos descubre muchas cosas que no existen mas que en nuestra imaginacion, y nos oculta otras muchas que existen en realidad, como la multitud de hombres que seguramente se estaban paseando por las frondosas arboledas de Hyde-Park, aunque yo no los veía esta mañana desde lo alto del Monumento,—como el alma y como Dios, que seguramente existen tambien aunque nadie los ve desde ninguna parte.

Abandono estas reflexiones, propias tal vez de la altura en que se me ocurrieron, pero estemporáneas para escritas al nivel de la tierra, junto á una buena chimenea, entre una taza de té y una pirámide de *sandwichs* (que en Madrid llamamos *emparedados*) y prosigo mi narracion.

Dirigiendo la vista hacia el oriente, el espectador que supongo colocado en el capitel del Monumento, ve á su derecha los soberbios docks llamados del Comercio, los ferro-carriles de Brighton y de Greenwich, el canal de Surrey y entre una dilatadísima estension de manzanas de casas, la ancha calle *Old Kent Road*, teatro de una prodigiosa actividad industrial, como todos aquellos contornos. En ellos llama la atencion el vasto Hospital situado en *Wite-Chapel-Road*. A la izquierda hay mas que ver y admirar; á muy corta distancia, la casa de Moneda (*Royal mint*), la Torre de Lóndres, la colosal iglesia de San Pablo, que recuerda aunque en menores proporciones, el San Pedro de Roma, así como la recuerda á ella, algo mas en pequeño, el Panteon de París. Poco mas allá la Bolsa (*the Royal exchange*) delante de cuya fachada griega se levanta la estatua ecuestre del duque de Wellington; y esparcidos por alli cerca el Banco, la Casa de correos, la de Ayuntamiento (*Guild-Hall*) edificio curioso por reunir en su construccion todos los géneros de arquitectura conocidos y algunos mas; *Mansion-house* (habitacion del Lord-mayor) que es un magnífico palacio; el de la Compañía de las Indias Orientales, mas magnífico todavía, especie de templo greco-romano, lleno de bajo-relieves y estatuas alegóricas. Estos grandes edificios y otros muchos que seria prolijo enumerar, dan á esta parte de Lóndres un carácter grandemente monumental. A lo lejos, siempre hácia la izquierda, se ven verdear las arboledas y los hermosos prados de *Victoria Park*. La verdura de los prados ingleses creo que no tiene igual en el mundo: el menudo cesped que los cubre (*grass*) conserva aqui en toda estacion los tonos vivos de la esmeralda, que en otras partes solo se conocen durante los fugaces dias de la primavera. No hay extranjero que no haga la misma observacion en cuanto se interna un poco por estas deliciosas campiñas ó se asoma siquiera á cualquiera de estos parques. Casi siempre el campo aqui, y aun en Francia, me recuerda los jardines de Aranjuez: no encuentro en mis recuerdos de la patria otro término de comparacion con lo que por aqui se ve en todas partes, y atribuyo, entre otras causas, á que aqui no se conoce el absurdo horror á los árboles que yerma y empobrece nuestras provincias.

Dejo este triste objeto de reflexiones para mejor ocasion, y añado que despues de cruzar con la vista las tortuosas líneas de *Commercial-Road*, *Mille-End-Road*, *Islington-City-Road*, y las de los ferro-carriles de los condados del Este y de Birmingham que se estienden en la misma direccion, (esto es, á la izquierda, ó sea al nordeste), hará bien el espectador en dar media vuelta hácia el ocaso para disfrutar un espectáculo todavía mas grandioso y animado. Siguiendo con los ojos la larga calle (*Fleet-Street*) que arranca de San Pablo, á cuya espalda verá alzarse en la plaza llamada *Cheapside* la estatua recién erigida á sir Roberto Peel, una de las glorias económicas y políticas de esta nacion tan agradecida á sus hombres ilustres, que toda exageracion le parece poca para enriquecerlos en vida y honrarlos en muerte; siguiendo, digo, la línea de *Fleet-Street*, llegará á *Temple-Bar*, entrará en el *Strand*, y pasando por *Charring Cross*, desembocará en la magnífica plaza de Trafalgar, (*Trafalgar-Square*) la mas espaciosa de Lóndres, y una de las pocas en que recuerdo haber visto fuentes:— aqui hay dos muy hermosas. Si el espectador de que voy hablando es español y si alguna vez han hecho latir su corazon

los varoniles acentos de Quintana, de seguro esclamará conmovido al ver sobre la gigantesca columna de granito que ocupa el centro de la plaza, alzarse en la arrogante actitud de un semi-dios, la noble figura de un general rodeado de emblemas marítimos:

También Nelson allí..... Terrible sombra,
No esperes, no, cuando mi voz te nombra,
Que vil insulte á tu postrer suspiro:
Inglés te aborreci, héroe te admiro (1).

Allí, en efecto, la estatua de Nelson; la estatua de Nelson también en la iglesia de San Pablo; la memoria de Nelson en el nombre de esta soberbia plaza, en los de qué sé yo cuántas calles, y lo que vale más que todo eso, en la cabeza y en el corazón de todo inglés, porque fué un buen soldado, que sacó airoso en muchas batallas el pabellón de la vieja Inglaterra (*old England*), como dice esta gente con noble orgullo, y porque murió al fin peleando valerosamente por su patria. De la misma manera, si no estoy trascordado, murieron en aquella misma desastrosa batalla de Trafalgar, nuestros intrépidos marinos Gravina, Churrua, Alcalá Galiano, Alcedo, Moína, Castaños. El nombre de una nueva calle de Madrid nos recuerda el del primero, lo cual siempre es algo, —¿qué digo? es mucho para lo que se acostumbra entre nosotros;— pero de los demás, pero de tantos otros ilustres españoles, antiguos y modernos, honor de nuestra historia, ¿qué monumentos públicos tenemos que perpetúen su fama en la memoria de nuestros pueblos? Es preciso en España ser algo erudito para saber siquiera que existieron. Aquí los niños, aun antes de ir á la escuela, van aprendiendo insensiblemente por las calles y las plazas los grandes nombres y los grandes hechos de la historia de su nación, y familiarizándose con la idea fecunda de que cuando un buen marino, por ejemplo, lidia por su patria y muere por ella, esa patria le tributa honores inmortales. No extrañemos, no, que los ingleses tengan mucho espíritu nacional: con la leche maman ellos el amor á su nación, y lo que me atrevo á llamar el *culto racional* de la patria. *Rationabile sit obsequium vestrum*, decía San Pablo á los primeros cristianos. Pues si *racional* ha de ser hasta el culto que damos á Dios, ¿por qué no ha de ser también racional el patriotismo?

En derredor de la alta columna consagrada á Nelson, abarca la vista en la plaza de Trafalgar, á un lado el palacio de los duques de Northumberland, coronado por un enorme león de piedra, empresa de la noble familia de Percy, representado tan al vivo en actitud de andar, que los papamoscas de Londres (raza que aquí abunda mucho como en todas las capitales), cuando le ven destacarse de perfil sobre un cielo despejado, se extasian contemplando su fiera catadura, y nunca falta entre ellos quien sostenga que menea la cola!... Frente á este palacio se alza sobre una gran escalinata la *National gallery*, pobre cosa por dentro como por fuera. Al rededor de la plaza todo es palacios ó casas tan hermosas que lo parecen: allí se ven la iglesia de San Martín, la escuela de Medicina y el club de la Unión. Un poco á la izquierda se ve resaltar sobre el color gris algo azulado del firmamento, la estatua del duque de York encima de su alta columna erigida en medio de la inmediata

plaza de *Waterloo*. A la izquierda, siguiendo la orilla del Támesis, tropieza la vista en el grandioso y elegante palacio de *Somerset*, que baña sus cimientos en las aguas del río: mas allá están los puentes de *Waterloo*, de *Hungerford* y de *Westminster*, y entre ellos en la larga calle del Parlamento, el palacio de *White-hall*, digno de visitarse, entre otras razones, porque tiene un soberbio techo pintado por Rubens, que representa la apoteosis de Jacobo I, rey que en verdad no merecía tanta honra. Delante de este palacio se levantó el cadalso para el infeliz Carlos I, que tampoco mereció tanta afrenta. Una estatua equestre en bronce del rey mártir se levanta delante de *Charring-Cross* (el camino de la Cruz.) Cuando los reyes de Inglaterra van á recibir la corona en Westminster, pasan por muy cerca de este camino y tienen á la vista el sitio que regó hace dos siglos la sangre de uno de sus antepasados. ¡Vaivenes de la fortuna!—En el jardín de *White-hall*, decorado con una estatua de Jacobo II, murió hace pocos meses de una caída de caballo sir Roberto Peel, que como antes dije, tiene ya su estatua en *Cheap-side*.—Cerca de este palacio se ve el del Almirantazgo, y poco después, antes de llegar al puente de Westminster, la mole colosal del nuevo edificio del Parlamento (*House of Parliament*), una de las mas sorprendentes obras modernas de esta capital, por su belleza artística. A primera vista parece obra de otros tiempos y de varios siglos: en su aspecto, que es el de una gran catedral, predomina el gusto elegante y rico de la época del Renacimiento, que revela entre otras cosas su primorosa cantería.—Mas allá eleva su fachada puramente gótica, flanqueada por dos torres cuadradas, la célebre abadía de Westminster, en cuyo precioso coro se celebra la coronación de los reyes de Inglaterra, y en cuyas bóvedas y numerosas capillas alternan los sepulcros de los soberanos y de los príncipes con los de los grandes políticos y guerreros, los grandes sabios, los grandes poetas y los grandes actores. Allí los restos mortales de Eduardo el Confesor y de los Enríques III y V, los de María Estuardo y los dos Carlos I y II, descansan bajo el mismo techo que los de Shakspeare y el ingeniero James Watt: los de los célebres ministros Pitt y Canning se ven al lado de los célebres trágicos Garrick y Kemble. Si los ingleses observan con rigor las distinciones sociales en vida, reconocen á lo menos la igualdad de todas las grandezas en el seno de la muerte.

El primer puente que se encuentra en seguida es el de *Fauxhall*, y poco antes, en *Millbank*, la vasta cárcel-modelo, (*Penitentiary*), cuya planta en forma de estrella de seis radios permite que se aplique allí con holgura el sistema celular á cerca de mil presos de ambos sexos. Mas adelante, se divisa apenas el hospital de inválidos de *Chelsea*, que ya puede considerarse fuera de Londres. En la orilla opuesta del río (la derecha), casi frente á Westminster, se extienden los hermosos jardines y el singularísimo palacio de *Lambeth*, muestrario de todos los géneros de arquitectura imaginables: su construcción data del siglo XII, y desde entonces residen en él los primados de Inglaterra. Como extensas masas de verdura y muy confusamente por la gran distancia se descubren en aquella dirección los jardines de *Fauxhall* y los zoológicos de *Surrey*, entre una infinidad de casas todas uniformemente bañadas de un color de pizarra rojiza. Las mismas tintas generales, interrumpidas á trechos por la verdura de los parques, dominan en el case-

(1) Oda al combate de Trafalgar.

rio de la otra orilla; solo que allí la mayor abundancia de monumentos públicos, el mayor número de *squares* (plazas generalmente con un jardínillo en medio), y la mayor anchura de muchas calles, dan al conjunto, visto desde lo alto, un aspecto menos sombrío. Retrocediendo hasta la plaza de Trafalgar, se ve claramente arrancar de ella hacia el Noroeste las calles, todas espaciosas y magníficas, que conducen á Pall-Mall y á *Regent's Street*, una de las mejores de Londres, que vienen á cortar casi en ángulo recto *Oxford-Street* y *Piccadilly*. A este nombre exótico, que es el de una de las grandes vías arteriales de esta población, he oído atribuir una etimología española, suponiendo que viene de *pegadillo*, — tocado de las damas españolas en tiempo de Felipe II, muy al uso, como se decía entonces, muy de moda, como se dice hoy, — que introdujo aquí la reina María cuando vino á casarse con ella aquel monarca. Admito la conversión de *pegadillo* en *piccadilly*, supuesta la fantástica pronunciación de los ingleses; pero no me parece claro, como dicen, que se diese á la calle aquel nombre, por que en ella vivía por entonces una muger, extremada en la habilidad para armar tales prendas femeniles. Por lo demás, decir que aquella muger vivía en esta calle, vale tanto como decir que vivía en Londres, pues *Piccadilly*, aunque se sabe dónde principia, que es en *Hay-Market*, uno de los puntos de reunión de los *sportmen* (aficionados á las carreras de caballos), no se sabe dónde acaba: después de extenderse mas de una milla bajo aquella denominación, va á perderse en una serie de prolongaciones denominadas de distintas maneras, pero que todas juntas vienen á constituir una sola y misma eterna calle. Esta inacabable vía de comunicación va dejando en su carrera, á la derecha á *Hyde-Park*, el mas grande si no el mas hermoso parque de Londres, con su palacio de cristal y su *serpentine river*, á que siguen los otros magníficos jardines de *Kensington*; á la izquierda, *Green-Park* (el parque verde), el de *San James* y los del palacio de *Buckingham*, residencia habitual de la reina Victoria. Esta calle larguísima y esta serie de parques siguen casi paralelamente la dirección del río. A su izquierda se extienden las aristocráticas soledades (relativamente al bullicio de otros barrios, *soledades* son aquellas), de *Kings-Road*, *Brompton*, *Eaton-Square*, que es como la capital del nuevo barrio denominado Belgravia; y á la derecha, en la misma dirección, y siempre con las mismas exageradas proporciones de longitud y anchura, *Oxford-Street* y *New-Road Paddington*, que luego trueca su nombre por el de *Islington*. En el punto en que viene á desembocar en esta gran calle la del Regente, ó mas bien su magnífica prolongación llamada *Portland-Place*, está la principal entrada de *Regent's Park*. Estos continuos cambios de nombres de una misma calle, exigidos por la fabulosa longitud de muchas de ellas, son la desesperación del forastero en Londres. Otros tres grandes motivos de confusión hay aquí para él, y son: 1.º la cansada repetición de unos mismos nombres dados á distintas calles, de donde viene la costumbre, cuando se escriben unas señas, de añadir al nombre de la calle el del barrio en que está situada, y á veces alguna otra circunstancia mas, ya por ser el barrio demasiado extenso, ya por haber en él varias calles del mismo nombre; 2.º el pésimo sistema de numeración de las casas, que es todavía el antiguo que se usaba en Madrid hace muchos años, de empezar por un lado la serie

de los números de uno en uno, para continuarla en el otro. Esto, que en nuestras ciudades tenía pocos inconvenientes por la reducida extensión de sus calles en general, es aquí intolerable en calles de tres ó cuatro millas, en las que frente al núm. 1 suele encontrarse el núm. 600. ¿Quién es capaz de discurrir hacia dónde caerá el 200 ó cualquiera de los otros intermedios? El sistema mucho mas racional de numeración por parés á la derecha y nones á la izquierda, solo se ha establecido aquí en *Regent's street* y alguna otra calle de las nuevas; 3.º y muy principal: la variedad de nombres con que se expresa lo que entendemos por calle, — que aquí unas veces se llama *street* (y este es su nombre propio), otras *place*, otras *road*, otras *lane*, otras *gore*, etc., etc. Ciertamente que estos vocablos tienen todos en teoría distintos significados, pero en la práctica todos significan lo mismo. *Portland-place* es una calle, *tan calle* como la del Regente, que se dice *Regent's street*; ó mas, porque es mas ancha, aunque mas corta. *King's Road* es otra calle, como *Drury-Lane* y *Kensington-Gore*. Estas anomalías tienen su explicación en el hecho de haber las calles que hoy llevan esos nombres conservado en su nuevo destino los de los sitios que ocupan: así han cambiado de destino, aunque no de nombre, los sitios que antes eran ó *place*, (una explanada), ó *lane*, (un callejón), ó *road* (una carretera), etc. El respeto á la tradición y á la propiedad es una de las buenas cualidades que caracterizan á este pueblo, apegado mas que otro alguno á sus usos antiguos; pero aplicado este respeto hasta á los nombres antiguos de los sitios que hoy tienen otros destinos, suele causar algunos apuros al pobre forastero.

Lo que dejo apuntado no es ni la centésima parte de las cosas dignas de verse muy despacio que verá muy por encima el espectador encaramado en el capitel del *Monumento*; pero es muy posible que su vista real y efectiva no le produzca ni la mitad del cansancio, — mejor diría del mareo — que me causa á mí este tropel de recuerdos que voy consignando en mi diario. Déjolo, pues, así por esta razón, como porque juzgo imposible, para mí á lo menos, abarcar en un solo cuadro el conjunto de Londres, y me ciño modestamente á recordar algunos de sus pormenores.

EUGENIO DE OCHOA.

(La continuación en el número próximo.)

SINÓNIMOS CASTELLANOS.

CLARIDAD, DESVERGÜENZA, FRESCA, IMPROPERIO, PULLA.

Prescindiendo aquí de otras voces que tienen analogía con estas, pero que por su mas genuina significación pertenecen á otro orden de ideas y piden artículo ó artículos aparte, como *injuria*, *denuedo*, *provocación*, *vituperio*, *baldon*, etc., notaremos que conviniendo todas las del epígrafe en ser ofensivas y mal sonantes, *claridad* es una expresión que, si tiene el mérito de la franqueza, no se ajusta á las leyes de la urbanidad, pero expresión con la cual antes se quiere lucir el orgullo ó el descaro del que la dice que lastimar el amor propio del que la oye.

Con la *fresca* hay ya marcada intencion de sonrojar y zaherir á alguno: las *frescas* se dicen siempre con enojo, y las *claridades* no suponen necesariamente descompostura en el tono, en el gesto ó en los ademanes.

Una *desvergüenza* y un *improprio*, aunque iguales en malquerencia y falta de consideracion ó respeto, no suenan del mismo modo: lo reprehensible de la *desvergüenza* está en la bajeza ó en la obscenidad de los términos que se emplean, tal vez sin premeditacion; lo del *improprio*, en ser de intento ofensiva, aunque no torpe y villana, la expresion.

Pulla es el dicho picante y más ó menos agresivo, pero rebozado unas veces, y otras festivo, con que se escarnece ó mortifica á alguno. Entiéndase esto con referencia á personas cultas; que entre jornaleros, soldados, arrieros, verduleras, y demas gente menuda, cada *pulla* es una verdadera y positiva *desvergüenza*, aunque la primera se diga de chanza y de véras la segunda.

COADYUVAR, COOPERAR.

Se *coadyuva* con auxilios, consejos, diligencias, influyendo, negociando; se *coopera* con el trabajo material, sea de mano ó de cabeza. El que *coadyuva* puede tener mas parte en el buen éxito de una empresa que el que *coopera*, pero nunca tan visible, tan activa y tan constante.

Inglaterra, Francia, la Cerdeña y la Turquía han *cooperado* con sus respectivas fuerzas militares en la última guerra con la Rusia; las dos primeras naciones, y especialmente la Gran Bretaña, han *coadyuvado* poderosamente á que Bizancio no sea presa del Autócrata del Norte, supliendo con su alta influencia, con su pericia diplomática, con sus adelantos en el arte de la guerra, como en todos los ramos del saber humano, y sobre todo con inmensos caudales, el sumo atraso moral, intelectual, administrativo y pecuniario en que yace el caduco imperio otomano.

COEVO, COETÁNEO, CONTEMPORÁNEO.

Dos ó mas personas ó cosas *contemporáneas* son las que en una misma época, ó período de tiempo no muy circunscrito, existen ó existieron. *Coetáneo*, aplicable rara vez á cosas, es la persona que tiene ó tuvo la misma edad que otra, poco más ó menos. De dos sucesos *contemporáneos*, nunca se podrá decir que son *coetáneos*; de dos personas, sí: Mario y Sila, Ciceron y César fueron lo uno y lo otro; Augustoy Tiberio, Vespasiano y Tito fueron *contemporáneos* y no fueron *coetáneos*. *Coevo* es sinnónimo de *coetáneo*, pero voz que sólo se usa en lenguaje poético y con aplicacion á los antepasados más que á los vivientes.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

RUTH Y BOOZ.

«En los días de uno de los jueces, cuando los jueces gobernaban, hubo hambre sobre la tierra. Un hombre se fué de Bethleem de Judá para emigrar al país de los moabitas con su muger y sus dos hijos. El se llamaba Elimelech, su

muger Noemi: el uno de sus dos hijos era Mahalon, el otro Chelion. Entraron en el país de los moabitas, y durante su mansion en él murió Elimelech, el marido de Noemi; quedó esta sola con sus hijos: tomaron por esposas mugeres moabitas, de las que la una se llamaba Ortha, la otra Ruth; permanecieron allí diez años. Mahalon y Chelion murieron los dos, y la muger permaneció allí, habiendo perdido sus dos hijos y su marido. Se levantó para irse desde el país de los moabitas á su patria con sus dos nueras, porque habia oido decir que el Señor habia echado una mirada sobre su pueblo y le habia dado el alimento. Salió, pues, del lugar de su emigracion con sus dos nueras, y cuando se halló en el camino para volver á la tierra de Judá, les dijo: id á la casa de vuestra madre, y que el Señor tenga misericordia como vosotras la habeis tenido con los que han muerto y conmigo mismo. Que él os conceda el descanso en la mansion de los esposos, que serán vuestro patrimonio. Las dió un beso maternal, su voz se debilitó, y se echaron á llorar y á decir: nosotras iremos contigo hácia tu pueblo. Ella les respondió: volveos, hijas mías, ¿por qué quereis venir conmigo? ¿tengo yo en mis entrañas hijos para el porvenir? ¿podeis esperar de mí esposos? No, yo os lo ruego, hijas mías; vuestra misericordia me agobia mas que la mia, y la mano de Dios está levantada contra mí. Debilitóse su voz y de nuevo se pusieron todas á llorar. Orpha dió el beso de despedida á su suegra y se marchó: Ruth se arrojó en los brazos de su suegra, Noemi le dijo: tu hermana se ha vuelto hácia tu pueblo y hácia tus dioses: vete con ella. Ruth le respondió: no te irrites contra mí para que te abandone y me marche; do quiera do tú fueses yo iré, do quiera que tú te detuvieses yo me tendré: tu pueblo es mi pueblo, tu Dios es mi Dios. En la tierra que te reciba moribunda, moriré yo; allí será el lugar de mi sepultura. Que el Señor me mire con misericordia y que solo la muerte me separe de tí.»

¿Hay en la antigüedad griega ó romana un poeta que haga hablar así el espíritu de sacrificio y la abnegacion? Sofocles mismo, el más perfecto hijo de las musas, ¿pone palabras semejantes en el corazón de Antígone cuando se une á su padre, cuyos errantes pasos debe guiar? Noemi no es mas que viuda y pobre, Ruth no es mas que su nuera: Edipo tiene los ojos reventados, Antígone es su hija: ¿qué diferencia entre las dos situaciones! y sin embargo, ¿cuánta superioridad en la inspiracion bíblica! Noemi se deja vencer por esa obstinada abnegacion. Las dos pobres mugeres parten juntas y llegan á Bethleem en el momento de las siegas de las cebadas. La noticia de aquella piedad filial cunde en un momento por la ciudad. Ruth va á espigar para alimentar á su suegra; entra por casualidad en el campo de Booz, hombre rico y poderoso de la familia de Elimelech. Booz, que llegaba de Bethleem, la descubre y pregunta al capatáz de los segadores: ¿quién es esta muchacha?

Respondiéronle: es una moabita que ha venido con Noemi del país de los moabitas. Ha pedido recoger las espigas que dejasen caer en tierra los segadores, y los sigue, y desde la madrugada hasta la noche está en el campo: no ha vuelto ni un momento á su casa. Y Booz dijo á Ruth: escucha, hija mía, no vayas á otro campo á espigar: no te retires de este sitio y ve á reunirme con mis hijas. Y cuando hayan segado síguelas; he mandado á mis servidores que ninguno te importune: si tienes sed vé á las provisiones y bebe del agua que beben los servidores.

Cayó con el rostro contra el suelo, se prosternó y le dijo:
—¿De dónde me viene á mí el hallar gracia á tus ojos y que te dignes conocerme á mí que soy una muger estrangera?

—Me han contado todo cuanto has hecho por tu suegra despues de la muerte de tu marido: tú has abandonado tus parientes y la tierra que te ha visto nacer para venir á un pueblo que no conocías antes. Que el Señor te premie segun tus obras, y ojalá puedas recibir la plena recompensa del Señor, Dios de Israel, bajo cuyas alas te has refugiado.

—Yo he encontrado gracia ante tus ojos, señor mio, dijo

ella, tú que me has consolado, tú que has hablado al corazón de tu sierva, á mí que no soy una de tus hijas.

Booz la dijo: á la hora de la comida ven aquí á comer pan y á mojar los pedazos de él en vinagre.

Sentóse, pues, al lado de los segadores, se amasó una torta de harina de cebada secada al fuego, comió de ella, aplacó su hambre y se llevó los restos de la comida. Despues se levantó para espigar todavía. Y Booz dió órdenes á sus servidores diciéndoles: aun cuando quiera segar con vosotros no se lo impidais. Antes, al contrario, dejad propósito caer de vuestros haces y gavillas algunas espigas



¿Quién es esta muchacha?—Es una moabita que ha venido con Noemi.

para que ella las recoja sin tener que avergonzarse ni detenerse.

Espigó, pues, en el campo hasta la noche: sacudiendo con una varita y golpeando lo que había espigado, sacó tres celemines de cebada. Volvióse á llevarlos á la ciudad, los enseñó á su suegra y le dió los restos de la torta con que había aplacado su hambre. Y su suegra le dijo: ¿dónde has espigado? ¿dónde has trabajado hoy? bendito sea el que ha tenido compasion de ti.

Indicóle Ruth el campo en que había trabajado, diciéndole que el dueño se llamaba Booz; Noemi respondió: bendito sea el Señor que concede á los vivos la misma gracia que dispensaba á los que se han muerto. Y Ruth le dijo: me ha mandado reunirme á sus segadores hasta que todo esté segado. La suegra le respondió: vale mas, hija mia, que

tú siegues con sus hijas por miedo de que no te impidan espigar luego en otro campo.

Ruth se reunió, pues, á las hijas de Booz é hizo con ellas la siega hasta que las cebadas y el trigo estuvieron entrojados en los graneros.

Algun tiempo despues Ruth fué la esposa de Booz: fué la madre de Obed, abuelo de David: de esta raza debia de nacer Jesus.

¡A este nombre de Jesus, que luz se levanta sobre el campo de Booz! ¡Qué aureola va á ceñir la cabeza de la humilde espigadora! No es Noemi, no es la heroica abnegacion de la jóven moabita lo que se tiene delante de los ojos: ¡desde la punta del campo de Booz se divisa el Calvario!...

EL CONDE DE FABRAQUER.



lit. de J. J. Martinez

MARTIRIO DE SAN BARTOLOME.

(Copia del cuadro de Rivera)

